

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 » » 1 » »
y así sucesivamente.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

«Este precepto os doy: «Que os ameis

los unos á los otros como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar», Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

Al volver de Melilla

I.

En la enfermería habían quedado solos el P. Juan y el H. Francisco. El veterano de las misiones de Ultramar, envejecido antes de tiempo, fatigado ahora por la disnea y víctima de una afección cardiaca, no había podido salir de su cuarto y allí se quedó recostado en el sillón, apoyada la cabeza, de blanca y poblada cabellera, sobre dos almohadas.

Cuando sonó la hora de la dispersión apareció en el cuarto del enfermo el Padre Provincial y con voz dulce y conmovida le dijo:

—P. Juan: ésta, por lo visto, es la hora del poder de las tinieblas. Quizás Dios va á permitir que esa vida consagrada durante tantos años al bien de la Patria y de la Religión, en el rudo trabajo de las misiones ultramarinas, y respetada por la barbarie de los pobres gentiles, sucumba sacrificada por la barbarie mayor de estos salvajes europeizados..... Abajo quedaremos unos cuantos Padres dispuestos á cumplir con nuestro deber.

Y aquí para servirle y defenderle hasta donde sea posible, dejo al Hermano Francisco, que sabe por experiencia lo que es batirse en los campos de batalla, y seguramente no ha olvidado todavía cómo se descarga un fusil.

Dijo, y apretando con las dos supas la mano derecha del P. Juan, se inclinó suavemente y estampó en aquella frente, siempre serena, un ósculo de padre que á la fuerza se arranca y despiende del hijo enfermo á quien ama.

—Mil gracias, Dios se lo pague todo, respondió el doliente.

Pasaron los días angustiosos, tremendos, interminables, de aquella semana trágica. Cuando las turbas se acercaban al colegio y los religiosos abajo se preparaban para la defensa,

el H. Francisco, de pié junto al sofá del enfermo se santiguaba devotamente, sacaba el revolver y se ponía en guardia, como en sus mejores días, como tantas veces lo había hecho, sin que ni un músculo de la cara se contrajese en lo más mínimo, ni un latido de su corazón apresurara su pausado ritmo. Volvíase entonces al enfermo con expresión de cariño, y en su mal castellano solía decir.

—Estos golfos, *pa empesar*, tampoco no tenemos; ya *conosco*, cobardes todos: no hay *pa* tener miedo: aunque no habría *erresolver*, con ladrillos también ya les daría yo la cuenta. Y bajando el cañón de Brovning señalaba el montón de ladrillos, que á prevención había ido reuniendo en uno de los ángulos del aposento.

II.

Uno de los últimos días, cuando la calma iba renaciendo en los espíritus y la normalidad recobraba sus perdidos fueros, llamaron con golpes fuertes y repetidos á la puerta del Colegio. El H. Francisco, que por precaución velaba siempre hasta bien entrada la noche, se asomó á la ventana y preguntó en voz alta: «¡Quién vá!»; y una voz varonil, en cuyo acento se dejaban sentir las enérgicas inflexiones del mando militar, respondió desde abajo: «Abran al comandante X...»

—Es el comandante X, dijo el enfermero y cerró la ventana.

Al oír aquel nombre, la fisonomía del enfermo se reanimó de pronto con expresión de dulzura y de cariño, y clavando los ojos en la puerta, esperó ansioso la anunciada visita.

Esta no se hizo esperar: sintióse al punto el pisar recio de los tacones de las botas de montar, el ruido de las espuelas y el olorcillo característico del impermeable, y en el hueco de la puerta se detuvo un hombre alto, seco, de tez morena, de mirada penetrante y bigote negro, vestido con el uniforme de comandante de artillería. Abrió los brazos y se abalanzó sobre el sofá del

enfermo, estrechándolo á éste entre sus brazos.

Juanito de mi vida, por fin te veo. Dios me concede estos momentos que quizás han de ser los últimos que pueda dedicarte.

—Manolo, tantos años sin verte y siempre esperándote; me parece un sueño. Pero hijo, ¡cómo has cambiado también tú! Chico, se ve que los dos hemos vivido muy de prisa.

El enfermero colocó una silla junto al sofá del enfermo y se alejó de la estancia, cerrando tras de sí la puerta.

Y aquellos dos antiguos amigos de la infancia, y camaradas de colegio, en la efusión íntima de este inesperado encuentro, sintieron que la vida con sus preocupaciones y sus llantos hacía un alto en el curso de su carrera, hasta entonces tan acelerada, y les dejaba unos minutos de espera, para volver otra vez á saborear las dulzuras de la niñez y de la juventud, perdidas ha tiempo en la bruma de los recuerdos más lejanos y más imborrables.

—Cómo pasa el tiempo, Manolo, es decir, cómo ha pasado para nosotros. ¿Te acuerdas de aquellos días en que juntos estudiábamos en el colegio? Mira el San José con la lamparilla de *marras*, siempre encendida, el bendito San José, que desde ese nicho oye las oraciones de los enfermos y suaviza las amarguras de la última agonía. ¿Te has fijado, al subir, en esa escalera? ¡Cuántas veces la subimos juntos para ir al dormitorio!

—Ya lo creo; oye, Juan, ¿qué se hizo del P. Velez, que fué nuestro amigo, que tantas veces veló el sueño tranquilo de nuestra infancia, que tantas veces nos perdonó?

—Murió hace dos años; calla, por Dios, si de los que fueron nuestros maestros apenas va quedando uno que otro.

¿Quién me iba á decir que al cabo de tantos años que no nos veíamos, la primera vez que tuviera este gusto de abrazarte, sería quizás la última?

—¿Por qué dices eso?

—¿No lo sabes? ha sido una verdadera casualidad el que yo viniera aquí; ante ayer me destinaron á Melilla y antes de incorporarme á mi destino en filas he tenido que permanecer unas horas en esta capital, en comisión de servicio.

—Hijo, la Providencia te ha traído.

—Verás, llegué á la fonda, y claro, de sobremesa, hablamos, ya puedes figurarte, de los sucesos de estos días; del *harca* de canallas sueltos que han deshonrado á la misma barbarie; supe aquí os habíais defendido con valor y con fortuna, que algunos de vosotros os habíais refugiado en casas particulares, y que entre los que se habían quedado había un Padre enfermo, exmisionero de Ultramar. ¿Cómo se llama? pregunté y me dijeron tu nombre. Figúrate al oírlo lo que pasaría por mi alma.

—Gracias, Manolo, también yo me alegre, no puedes imaginarte cuánto, de que Dios me haya concedido el placer de verte. ¿Te has despedido ya de tu familia?

—Sí y te aseguro que he pasado las de Caín. A tí puedo decirte estas cosas que sabes por experiencia lo que son y puedes apreciarlas en su justo valor.

—En estos casos el corazón siempre hace de las suyas.

—Verás: Manolín que tiene 10 años, y es un hombrecillo por lo formal, se daba el pobre cuenta de todo y se hacía violencia para no llorar para que yo no le viera.

—¡Pobrecillo!

Mamá, no lloraré ¿verdad? le preguntaba á Matilde.—No, hijo no llores que papá volverá pronto.—¿Y si no vuelve? replicaba el angelito. Bueno... pero no lloraré para que papá no me vea.

—¡Pobre Manolo! Te compadezco... pero no, ese es tu deber, el sacrificio es la ley de nuestra existencia, sobre todo cuando voluntariamente nos hemos abrazado con estas profesiones tan desinteresadas, tan heroicas. Coge la espada, besa la cruz, y pon la empuñadura sobre el corazón, y luego, como Jesucristo, en otra ocasión, exclama, dominando todos los afectos. «Esta es mi madre y mis hijos y mis hermanos.»

—Créeme, donde yo quisiera ir con esta espada es antes á combatir á los rifeños de por acá. ¿No has visto cómo nos están minando el terreno, cómo nos envenenan la atmósfera? No hay remedio, hay que barrer esta canalla. Te digo que lo que es por mi parte.....

—Manolo, oye lo que voy á decirte, yo no puedo ya sufrir mucho, porque mis días están contados.

—Hombre, no seas pesimista.

—Calla, bobo, me vienes tu ahora á mí á engañarme con esos consuelos que nada consuelan.

—Es que tienes una cara...

—Yo no me quejo de la cara. Estos pulmones no funcionan bien, este cora-

zón está descompuesto, á ratos palpita al galope y á ratos no anda.

—Bien, y aun suponiendo que estuvieras tan delicado. Es cosa para largo. Pero ¿por qué me dices todo eso?

—Lo vas á ver: yo dejé hace 30 años los brazos de mi madre, y de una vez para siempre, ¿lo oyes? consumé esa despedida, cuyo amargo dejo aún estás tu paladeando. Consagré mi vida á la evangelización de los indios, ¡pobrecitos! y ya lo ves, Dios me está llamando á recibir el premio.

Por eso te decía, yo no puedo sufrir ya mucho; todo esto tan horrible, tan canallesco, que pasa como una tromba, levantando en espiral ingente olas de cieno, no lo siento por mí, lo siento por esa Patria infortunada á quien amo de veras. Yo nada puedo hacer ya por ella. Tu sí.

—¿Qué estás diciendo? Yo puedo, y debo ponerme al frente de mis baterías, hacer fuego cuando me manden y si es preciso morir abrazado á las piezas. Pero nada más.

—No, eso con ser tan grande es poco, tú puedes mucho más.

—¿Qué dices?

—¿Quieres recibir la última manda de un amigo de la infancia, quieres comunicar á tus valientes y sufridos compañeros algo que yo tengo muy dentro del alma?

—Habla.

—Dí á tus hermanos de uniforme, dí á todos los caballeros de la espada, que un caballero de la cruz al despedirse casi desde su lecho de muerte, te da este encargo. Cuando volvais de Africa cubiertos con el polvo de las batallas, no enfundéis los estandartes, no envainéis los ensangrentados aceros. Mil veces no. *Ponedlos en guardia*, desplegada la bandera, y enhiesta la cruz, y así en filas compactas, con todo el prestigio de vuestra historia, con todo el ascendiente de vuestros actuales heroismos, colectivos, universales y legendarios hablad á los poderes públicos y decidles:

«Aquí estamos para *barrer* la prensa que no hace Patria y deshace la Religión: aquí nos tenéis para ahuyentar á la pandilla de mercaderes de conciencias y logreros de la fortuna y del bienestar del país: aquí esperamos la orden de arrasar los *aduares* y *zocos* donde se esconden los cabecillas de la propaganda anarquista, de la insurrección ácrata de la revolución social.»

III.

Dijo esto el enfermo con voz vibrante que la fatiga y el sobrealiento hacían aun más persuasiva y conmovedora.

A la mañana siguiente en la capilla de la enfermería el comandante arrodillado ante el sofá de ruedas, desde el cual, con el rosario entre las manos, oía el santo sacrificio de la misa su compañero, recibía la Sagrada Comu-

nión. Aquella Hostia blanca, que da valor á los mártires, se aposentaba en el pecho de los dos *veteranos*, y el recuerdo de la primera comunión que juntos recibieron al entrar en la vida, les consolaba ahora á dos pasos quizás de la muerte.

Momentos después se abrazaban los dos amigos por última vez.

—Dios te bendiga y te ayude en tus empresas, dijo el enfermo; no olvides mi último encargo.

—No lo olvidaré. Dios te oiga, respondió el comandante de artillería.

Un soldado de fila

(Boletín del Circulo Católico-Burgos)



La Nochebuena DEL MÉDICO

El sabio Doctor García,
Cansado de visitar
Y de subir y bajar
Escaleras todo el día.

Llega á casa, deja el coche,
Sube y grita:—«¡A ver! ¡La cena!
¡Esta noche es Nochebuena,
Y me dedico la noche!»

Y su esposa y los chiquillos
Le reciben con amor,
Entre el ruido atronador
De tambores y platillos.

Y como son sus delicias
Los infantiles excesos,
Entra repartiendo besos
Y recibiendo caricias.

Y grita:—«¡Venga un tambor!
Yo también quiero tocar!»
Y se pone á redoblar,
Y lo hace que es un primor.

Y allí entonces es de ver
A aquel Doctor condenado,
Hombre serio y respetado
Por su ciencia y su saber.

Corriendo alegre y orondo
Por los estrechos pasillos,
Al frente de los chiquillos,
Que marchan de los en tondo.

—«¡A cenar! ¡Calle el tambor!
—¡Niños, que ya está la sopa!
—¡Rompan filas!» Y la tropa
Se encamina al comedor,

Y allí, en tropel bullanguero,
Cae sobre los turroneos
Cual bandada de gorriones
En atestado granero.....

—«¡Niños! ¡orden, ó ha y castigo!
A su sitio cada cual.
¡El que no sea formal
No vuelve á jugar conmigo!
—¡Es éste!

—¡Eres tú!

—¡A callar!

¡Así me gusta la gente!
¿Seréis formales? ¡Corriente!
Pues ¡a cenar! ¡a cenar!

¡Ya el olor de la vigilia
Me está abriendo el apetito!
¡Hoy soy vuestro, lo repito!
¡Hoy me debo á la familia!»

Y apenas aquel padrazo
Ha empuñado el cucharón,

Le da un vuelco el corazón,
Pues oye un campanillazo.
—«¡Santo Dios! ¿Seré infeliz?
—Señorito.....
—¡Qué! ¿Qué pasa?
—Pues que vaya usted á casa
De los señores de Ortíz.
—Cena antes.
—¡Si no es posible!
—¿Vas á dejarnos, papá?
—¿Qué ocurre?
—El niño que está
Con un cólico terrible.
—Dile que allá voy.
—¡Por vida!
¡Siempre te están fastidiando!
—No hay más remedio. Id cenando,
Que yo volveré enseguida.»

Tres horas tardó en romper
Aquél cólico maldito,
Y cuando ya el pobrecito
Doctor, á todo correr,
Va á su casa, ya no siente
Ruido alguno. Calma chicha.
Todos están, por su dicha,
Durmiendo tranquilamente.

—«¿Qué va á tomar el señor?
—Nada. Me voy á acostar;
Lo que quiero es descansar.
¡Esta vida es un horror!»

Y apenas, muy calentito,
Se entrega al sueño anhelado,
¡Tilín! ¡Tilín! y el criado
Que entra y dice:—«¡Señorito!
—¡Ira de Dios! ¡Esto más!
—¡Señorito!

—¿Qué sucede?
—Pues que vaya usted si puede
Corriendo á ver á don Blas.
Que abajo le espera el coche.
Que no deje usted de ir.
¿Qué digo?

—¿Qué has de decir?
¡Que allá voy!—¡Valiente noche!»

—«Total: una indigestión,
¡Y para eso me ha llamado!
Pues con haberse purgado
Se acababa la cuestión.

¡Caracoles con don Blas!
¿No es fuerte cosa que así
Venga á hacerme daño á mi
Lo que comen los demás?

¡Mal oficio! ¡Es un tormento
Esta bendita carrera!
¡Al chico mío que quiera
Ser médico, lo reviento!

Son las tres. ¡Y cómo llueve!
¡Es una noche terrible!
¡Ea! A dormir, si es posible,
De un tirón hasta las nueve.

¡Qué gusto! ¡A ver si por fin!....
¡Diantre! ¡Hace un frío glacial!....
¡A dormir!... Por la señal
De la Santa Cruz..... (¡Tilín!)

¡La campanilla! ¡Mal rayo!....
(¡Tilín! ¡Tilín!) ¡Dios bendito!
—¡Señorito! ¡Señorito!
—¿Quién me llama?

—Es el lacayo
De casa de los señores
Marqueses de Villatesa.
¡Que la señora Marquesa
Está ya con los dolores!

—¡Por vida de.... Que allá voy
Vuelta á la calle otra vez
Esta es mucha pesadez
No me dejan dormir hoy.
Esa bendita señora
Me desespera y me aburre.
Al demonio se le ocurre
Ponerse á parir ahora.

Lo repito una vez más:
Es mi sino, y se acabó
Siempre vengo á pagar yo
Cosas que hacen los demás»
Se viste, suspira fuerte;
Piensa en su rudo trabajo,
Y marcha escalera abajo
Resignado con su suerte.

Y ya en la calle, al oír
A uno que canta con pena:
«¡Esta noche es Nochebuena
Y no es noche de dormir!»
—«¡Es cierto! (sin vacilar
Dice el Doctor *soto voche*);
¡Es Nochebuena, y no es noche
De dormir... ni de cenar!»

Vital AZA.



CHARLA

—Bueno; yo me quedo siempre
con una pesetina para mis compromi-
sos, del jornal que entrego á mi mu-
jer muy religiosamente todos los sá-
bados en cuanto que salgo del traba-
jo y antes de ir al *buchinche* á echar
un trago, porque los que somos po-
bres y trabajamos de firme toda la se-
mana bien podemos expansionarnos
siquiera una horita cada sábado de
cobro; si no hubiera cobro... *dia de*
ayuno. Pues bueno, yo estas cuatro
ó cinco pesetas del mes, segun las se-
manas, ó sean 16 reales ó 20, me las
gasto en vino y tabaco ¡bien poco es,
recoime! no se quejarán de mí los mo-
ralistas. Ni siquiera un real diario me
llevan ese par de vicios, mejor era
que no me llevaran ninguno, pero á
veces un compromiso con un amigo
que dice: «anda vamos á tomar una
copa» y tambien que un hombre que
no *güela* á tabaco... á mi no me gusta.
En fin vamos al grano. Yo ahora, por
que sí, señor, porque empieza á re-
morderme la conciencia de derrochar
así veinte reales cada mes, sin tener
de ellos ni algo siquiera que emplear
en cosas más útiles, ya que de lo que
doy á mi mujer no puedo ni debo qui-
tarle mas porque la vida está cara y la
plaza ó sea el mercado está mas, como
que siempre estoy oyendo á mi mu-
jer: las patatas se han subido, el ja-
món... digo el bacalao tambien... nada
nada, que yo no puedo ni debo dar
el *mordisco* que pretendo mas que á los
veinte reales ó diez y seis reales, se-
gun los sábados del mes, que tengo
para mi uso particular.

Planteemos la operación como me
enseñaron en la escuela: 4 reales, si,
señor, 4 reales al mes para mi nuevo
gasto, ¿qué me queda? 12 y 16 segun
semanas. Fijémonos en la de cuatro

que es la mas tirante: doce reales.
Ahora bien, como decía mi maestro,
cuatro en vino á real por sábado y
ocho en fumar, ¡qué bebedor y qué fu-
mador soy! hacen 12 que con los 4 *del*
ala hacen 16 reales; la cuenta. Si son
cinco semanas, 4 para *aquello*, 5 para
el traguito y lo otro para fumar y to-
mar ei sol cuando lo *haiga*, total 20
reales. De modo que...

—¿Qué estás mascullando ahí, tan
entretenido, Andrés?

—Son operaciones mias, mujer, dé-
jame.

—¿Te han subido el sueldo, An-
drés? No vendria mal.

—¿Subir?.... ¡Como no lo bajen!
¡Buenos están los tiempos para subid-
das!

—Y tan buenos, como que todo se
sube. Cada vez que voy á comprar me
vale un disgusto.

—En cambio se bajó el pan y te
habrá valido un alegrón.

—Si tú tuvieras que correr con los
gastos de la casa ya me dirías lo que
es bueno.

—Corro con los ingresos que es
lo mismo.

—Bueno, bueno, no riñamos que
nunca hemos reñido. Dios proveerá.
Dime ¿qué estabas ahí hablando de
reales?

—Pero qué curiosilla estás.

—El marido no debe tener secre-
tos para su mujer.

—¿Tambien vas ahora á *filosofear*?

—¿Qué mas te da, Andrés?...

—No te me incomodes si te lo
digo.

—No me incomodo.

—Hemos convenido en que todas
las semanicas me quedaría yo con una
pesetilla de mi jornal para mis com-
promisos ¿eh?

—Si, y bien sabes que esa peseti-
lla á mi no me vendría mal.

—Pero, mujer, es que me vas á ne-
gar *la sal y el agua*.

—No, no, ya ves que nunca te di-
je nada. Es mas, tú en comparación
de otros hombres gastas muy poco.

—No quiero sacrificar á mi familia.
Al establecerla adquirí compromisos
con ella que nunca debo desatender.
Primero tú y mis hijos, luego el mun-
do en lo que sea lícito.

—Así lo manda Dios. Eres muy
bueno, Andrés.

—Gracias, y tu muy buena.

—¿Qué era eso de los reales?...

—Vamos al cuento. De la pasetilla
que hasta hoy he venido invirtiendo en
el traguito y la fumadera, quiero de-
jar algo, aunque, sea quitándolo á am-
bas cosas, por no quitártelo á tí, para
suscribirme desde primero de año á
ese periódico que D. Lucas me da de
cuando en cuando.

—Ah, sí «El Amigo del Pobre.»
Me gusta mucho y es propósito para
nuestra clase.

—La verdad que, católicos como
somos, me da remordimientos de con-
ciencia no contribuir yo tambien con
algo á estos periódicos que traen tan

buenas cosas y aconsejan tan bien. Algunas veces mis compañeros de taller me lo piden, pero como no tengo nunca mas que el que me dan, deseo llevar muchos en los bolsillos para eso, para darlos á todo aquel que me los pida. Créeme que me avergüenza ver á otros del taller que andan siempre dándome malos periódicos á leer y hasta sacrificando un día de jornal al mes, me consta, para su sostenimiento, en tanto que nosotros nos cuidamos muy poco ó nada de nuestros periódicos que son cincuenta mil veces mas dignos que los de ellos, porque son nobles, porque no engañan, ni aconsejan mal.

—¿Y con cuánto te vas á suscribir?

—Con una peseta, así tengo cada vez que salga, veinte «Amigos del Pobre» para veinte amigos.

—¿Quiere decirse entonces que te sacrificas en cuatro reales cada mes?

—Eso mismo y muy contento.

—Pues no quiero que seas tú solo á sacrificarte en cosa tan buena; yo voy á ayudarte con la mitad. Ya lo dará Dios por otro lado sabiendo que lo empleamos en cosas que le agradan.

—Me alegro que pienses como yo en esto también y que me echas una ayuda al nuevo gasto. Si, Dios proveerá; y sino por una peseta mas ó menos al mes no hemos de ser ni mas pobres ni mas ricos.

—¿En cuántas tonterías no gastamos muchas veces una peseta y mas sin andar con tantos requilorios! ¿verdad Andrés?

—Claro, mujer, claro.

¿Por qué soy obrero católico y no soy socialista ni anarquista?

1.º Porque creo en Dios y tengo un alma, de cuya salvación, por el cumplimiento de la ley moral, yo soy el responsable.

2.º Porque veo que en la Iglesia católica está la verdad, puesto que en ella se ennoblecen el hombre como en ninguna parte, y por los frutos se conoce el árbol.

3.º Porque soy enemigo del amor libre y no concibo la familia más que como la quiere el Catolicismo, fundada en el matrimonio monogámico é indisoluble.

4.º Porque estoy convencido de que nunca podremos llegar á ser todos iguales.

5.º Porque soy amigo de la propiedad privada. Tengo entendimiento y voluntad para poder reunir un capitalito con mi sudor, para mis necesidades ó las de mi familia y tengo derecho á que se me respete como mio ese capitalito.

Ahora, quiero que se cumpla el séptimo mandamiento y que nadie se haga rico robando.

6.º Porque no concibo que la Autoridad, como quieren los socialistas, sea dueña y disponga de todos los bienes, lo mismo que de las personas, sino que la deseo respetando los derechos naturales de independencia, garantizándolos y exigiendo solo de los individuos los sacrificios necesarios para la vida social.

7.º Porque no comprendo una sociedad sin autoridad, como pretenden los anarquistas, y entiendo que la autoridad es indispensable para que garantice mis derechos y los de los demás.

X.

Balance entre un pobre virtuoso y un vicioso

El pobre virtuoso.—Trabaja más, cumple mejor con su deber.—Es más estimado y buscado.—Gasta menos: la virtud es barata.—Tiene más resignación y más alegría.—Tiene más paz y esperanza.—Se arregla bien con su familia.—No se mete en compromisos.

Dios le dá su bendición y prosperidad.

El pobre vicioso.—Trabaja menos y se divierte más.—Es menos estimado y buscado.—Gasta más: el vicio es muy caro.—Tiene más apetitos y codicias.—Tiene más rabia y desesperación.—Rabia con todo el mundo.—Se mete en muchos enredos.

Dios le dá su maldición y al fin se hunde.

¿Y al fin de la vida qué les espera? Si han llevado con resignación su pobreza, de ellos es el reino de los cielos. Si han llorado con conformidad, serán consolados. Si han servido á Jesucristo, irán antes al cielo, pues ya han tenido aquí purgatorio. El los servirá como á amigos especiales y más que á los ricos, porque los ama más que á ellos.

BIBLIOGRAFÍA

EL ADALID SERÁFICO

Esta Revista Religiosa, dirigida por los Padres Capuchinos de Andalucía, anuncia á sus lectores, que deseando en el próximo año dar una prueba más de afecto y gratitud á cuantos por su propagación se interesan, Regalará un precioso cromo, franco de porte, de la Inmaculada Concepción de Murillo estampado á diez tintas que mide 51 por 39 á todo aquel que durante el año de 1910 le proporcione una nueva suscripción.

Nos alegramos del desinteresado proceder de esta simpática Revista, que cada día se va haciendo más popular, no perdonando los medios conducentes para ponerla á la altura de la primera publicación de las de su clase.

Se publica tres veces al mes y el precio de la suscripción es de 4 pesetas al año, pudiéndolo hacer, en Sevilla Ronda de Capuchinos.

Folleto importantísimo para las Escuelas Dominicales, Caja dotal, por el P. Gerardo Gil profesor en la Universidad de El Escorial y Director espiritual de la Escuela dominical de este Real Sitio.

Hay que hacer cuanto se pueda por mejorar la triste situación de las jóvenes sirvientas y obreras, sobre todo preparándoles un porvenir menos obscuro y desgraciado que el que las espera inevitablemente á la mayor parte de ellas. Es, sin duda, la clase más necesitada de apoyo moral y económico y la que está más desatendida y olvidada. El apoyo moral se le presta ya en muchas localidades las Escuelas dominicales, ¿por qué no han de prestarle también el económico, tan necesario ó más que el moral, pues éste sin aquél queda á merced de la miseria, verdugo de la dignidad del pudor y de todas las virtudes de la joven cristiana? Por otra parte, ¿es tan fácil prestárselo con un poco de abnegación y de buena voluntad? He aquí un medio sencillo y eficaz.

Con la implantación, dentro de las Escuelas dominicales, de la ingeniosa y simpática institución; denominada *Caja dotal*, se conseguirá facilísimamente en favor de las jóvenes alumnas: 1.º; ayu darles á constituirse, poco á poco, pero indefectiblemente, una pequeña dote para la época en que tomen estado: 2.º, habituarlas en la práctica de la virtud, del ahorro y de la economía, tan imprescindible en el buen gobierno de un hogar como el que ellas presidirán algún día; 3.º, estimular su perseverancia en el

bien y retenerlas en la asistencia á la Escuela hasta que tomen estado ó tengan que abandonarla por justas razones.

Qué hermosa obra de acción social puede realizarse con esta sencillísima institución. La Caja dotal no impide, ni entorpece en lo más mínimo la labor educativa de las Escuelas dominicales, antes bien la favorece, la amplía y asegura y sazona sus frutos.

Señoras Presidentas y Directoras de las Escuelas dominicales, á vuestro alcance, en vuestras manos tenéis un medio fácil y seguro de aliviar grandemente la suerte infeliz de vuestras alumnas. No le desperdiciéis.

En el folleto que anunciamos, y que está á vosotras dedicado, encontraréis cuanto se refiere á la organización, funcionamiento, Estatutos y contabilidad de la Caja dotal. Si se os ofreciese alguna duda, el autor del folleto, que es además fundador de la Caja que ya funciona en El Escorial, se ofrece á resolverse á quien se la exponga por carta.

Precios del folleto: 1 ejemplar, 0'25 pts.; 15, 3: 25, 5; 50, 8; 100, 12.

Los pedidos á la Administración de EL BUEN CONSEJO, Real Monasterio de El Escorial.

CASTIGO EJEMPLAR

El Giornale d' Italia, que por cierto no es ningún periódico clerical, ni mucho menos, publica un notable suceso ocurrido el día 19 del pasado Noviembre, cerca de Lucena, que aunque dicho periódico lo califica de autosugestión, ofrecemos nosotros á la consideración de todos los que se dicen espíritus fuertes, que por ahí tanto se estilan.

Dos jóvenes amigos, paseaban por los alrededores del indicado pueblo. Uno de ellos, al pasar por delante de una imagen de la Virgen que hay en uno de los caminos, saludó respetuosamente quitándose el sombrero. El otro, espíritu progresista, sería algún intelectual, le reconvinó burlándose de su religiosidad, y añadiendo á la burla el sacrilegio, levantó en alto su perro, y después de azuzarlo contra la imagen, lo acercó á la Virgen, diciéndole: bésala. En el momento, como herido por un rayo, sintió que le faltaban las fuerzas y cayó al suelo, completamente inmóvil, víctima de una parálisis. Su amigo y otros transeuntes trataron de socorrerlo y ayudarlo. Más en vano; tuvieron que llevarlo en un coche á su casa. Allí, asistido de los médicos, pudo recobrar el sentido; pero el impio no recobró la palabra, y cada vez que quería hablar lanzaba un ladrido, y á la hora presente continúa ladrando como un perro. Alrededor de la casa, una muchedumbre oye silenciosa los ladridos de ese pobre desgraciado.

Correspondencia administrativa

Sr. Don J. L. F.—Campomanes.—Pagó hasta fin de Abril de 1910.

Sr. Don R. J. C.—Lucena.—Id. fin de Junio de 1910.

Sra D.ª P. G.—Collanzo.—Id. id. Marzo de 1910.

Sra. D.ª J. R. L.—Malabrigo.—Id. fin de Septiembre de 1910.

S. Buena Prensa.—San Fernando.—Pagado 1909.

Sr. Don C. P.—Elizondo.—Id. id.